

Conferencia sobre Haya de la Torre, en la ocasión de:  
Primer Coloquio Internacional “Liderazgo político en sociedades modernas”  
Noviembre 2007  
Xalapa (Veracruz)  
- México -  
-----



Participantes:

Charles D. Kenney (USA), Julio Aibar Galte (México), Amalendu Misra (Reino Unido), Patricio Aylwin Azocar (Chile), John Brademas (USA), César Cansino (México), Arnaldo Córdova (México), Javier Corrales (USA), Israel Covarrubias (México), Maria Celina D’Araujo (Brasil), Javier Duque Daza (Colombia), Georg Eickhoff (Venezuela), Todd A. Eisenstadt (USA), Ofer Feldmann (Japón), María de los Ángeles Fernández Ramil (Chile), Héctor Chávez Gutiérrez (México), Gerardo Hernández Naranjo (México), Rogelio Hernández Rodríguez (México), John Kane (Australia), Anthony King (Reino Unido), Michel Maffesoli (Francia), Hugo Neira (Perú), Marcos Navarro (Argentina), Víctor Reynoso (México), Elena Rodrigo Salazar (México), Saúl Vargas Paredes (México), Wolfgang Stock (Alemania), Jesús Tovar Mendoza (México)

## Haya de la Torre y el proceso antitocqueviliano de Perú en el siglo XX

El caso de Haya de la Torre y del muy singular partido aprista, coloca el papel del “carisma” de este líder político en un primerísimo plano de discusión. Haya no tiene únicamente seguidores sino “discípulos”, así se denominan algunos en la encumbrada dirigencia de ese partido, y ese fue el trato que en los últimos años le dieron al fundador: “líder, guía y hermano mayor”. Más allá de la retórica autorreferencial de este trato, del recuerdo de las clases por las noches con el “Jefe”, figura vigorosa y tutelar que siempre evocan, al que dedican conferencias, eventos, canciones, en un ritual conmemorativo que forma parte de los actos anuales del aprismo peruano, y de la ironía con la cual desde las ciencias sociales podemos tomar estos gestos que son de propaganda, lo cierto es que se decanta una relación muy particular entre Haya y sus herederos, del orden de la emoción, que es preciso confirmar y explicar.

Entre los apristas hay varias generaciones de militantes (el aprismo entre otras cosas, es una tradición familiar, popular y regional, “el sólido norte”) y el pueblo aprista (en el mismo sentido que *le peuple de gauche* de los franceses) admira a Haya como un maestro y no sólo como un fundador político, como un líder moral. El aprismo no fue ni es solamente un partido electoral. Por mi parte, como observador, lo he llamado una “religión política”, en el sentido que lo entiende Raymond Aron, de quien fui alumno en Ciencias Políticas en París. Ciertamente es que el aprismo, partido de masas, es el más articulado de Perú y uno de los mejor organizados del continente pero no se puede dejar de tomar en cuenta, en la línea de Weber, que también es una “comunidad apasionada”. En el pasado, su gente murió por sus ideas, en los fusilamientos masivos cuando la insurrección rural de Trujillo, un número indeterminado de apristas cayó bajo las balas del ejército ante los muros de la antigua ciudad preinca de Chan-Chan. Dicho sea de paso, sus enemigos lograron de esa manera enemistar por un largo periodo a las fuerzas armadas y al partido emergente, con el resultado de la perdurabilidad del sistema político bajo el principio del mínimo de cambios a nivel de Estado. Solamente en 1985, cuando un discípulo de Haya (pero no el fundador mismo), Alan García, asume la presidencia, de alguna manera se cierra esa brecha. En los años ochenta, en la arremetida general de los senderistas contra el resto de fuerzas políticas y sociales, cayeron asesinados más apristas

que militantes de alguna otra agrupación o institución. Sin embargo, también hay que decir que el aprismo insurreccional a su hora, tomó las armas y mató; practicaron el tiranicidio, en 1932, un presidente militar, el general Sánchez Cerro, que los perseguía y enviaba a prisión o al exilio, cayó bajo las balas de un joven aprista a quien la guardia presidencial despedazó a sablazos. En fin, volviendo al concepto de partido como comunidad ferviente, lo retoma Alan Touraine **(1)** de mi tesis, en su libro sobre América Latina *La palabra y la sangre*. Sobre el aprismo, como minoría apasionada, véase mi libro, *Hacia la Tercera Mitad*. **(2)**

He aquí, pues, el tema del carisma, con todo lo fascinante y amenazante que esto implica. En efecto, hace más de veinte años se apagó la vida del fundador del aprismo cuando era “el peruano más representativo”. Había obtenido la Presidencia de una Constituyente (1979) que se instala al término de once años de regímenes militares. La dirigirá quien había sido repetidas veces excluido y perseguido “con franciscana honestidad y transparencia” Germán Peralta **(3)**. Era muy difícil que alguien lo venciera en las urnas, por lo demás, muchos de los cambios introducidos por los militares de Velasco eran paradójicamente la realización del antiguo y postergado programa del aprismo desde los años treinta. Sin embargo, a pocos meses de ese mandato sin corona en la Constituyente, le descubren cáncer de pulmón. Semejante desenlace deja inconclusa la historia política del siglo XX: quien más había bregado por la democracia, las instituciones representativas y el valor de las urnas, no llega al poder con ellas. País político y aprismo partidario vivieron sin conciliarse a lo largo de un siglo. El hecho es asombroso. Y marca la vida peruana con una escisión fundamental.

A pesar de esto, el pasaje de Haya de la Torre por nuestro siglo XX fue simplemente fulgurante. Desde su aparición beligerante en las aulas universitarias y hasta la senectud, es el augur de otro país, el tribuno infatigable, el demoledor de un orden injusto fundado en señoriales privilegios. Con Víctor Raúl Haya de la Torre el aprismo representó por un periodo prolongadísimo las mayorías electorales (elecciones en 1931, 1936, 1945, 1956, 1962). Es la primera fuerza democrática, a veces, la única y, en consecuencia, a él y a los hombres de su partido les tocó arbitrar situaciones no sólo muy difíciles sino, por momentos, dramáticas. En varias ocasiones, si Perú no fue a la abierta guerra civil, fue porque el “Jefe” no lo quiso. La hora de la vindicta insurreccional, error o acierto, no llegó. Acaso eso constituya una secreta herida en los apristas, pero también, la piedra

miliar sobre la cual se ha construido, pese a todo, el edificio democrático de este país. Acaso por eso, inconcluso. Nunca hubo una verdadera revolución, ni la legal que propuso el aprismo ni la insurreccional que fue el intento de las guerrillas de los sesenta, como el de Sendero Luminoso, ambas fracasadas, y ambas combatidas, no sólo por el ejército sino por las comunidades campesinas. No hubo una revolución ni por arriba, la de Velasco se quedó a medias, ni por abajo. No hubo el tajo que separara el antiguo régimen colonial del republicano. No hubo un Benito Juárez. No tuvimos un Zapata. No es que no hubiera cambios, si los hubo y los hay, pero ninguno suficiente drástico como para impedir que de una manera perversa y singular, lo viejo se recicle en lo aparentemente nuevo, lo que hace el encanto y el infierno de la vida peruana, que trataré de explicar en la segunda parte de esta ponencia. Sigamos con Haya y su partido.

Fue por definición “el político” como es el título de una de sus mejores biografías, la de Luis Alberto Sánchez (4), dicho sea de paso, uno de los grandes intelectuales que el “Jefe” recluta en su contorno juvenil. Años veinte. Pocos se dedicaron en la vida peruana a la vida pública con tal entrega. Es más, si adquiere disciplinas como jurisprudencia y ciencias administrativas en San Marcos, o economía y ciencias políticas en la *London School of Economics* y en el *Oxford* de los años veinte, ellas son destinadas a ese propósito, el poder. Como sus lecturas filosóficas, viajes y amistades. En este sentido, hay que contar desde José Vasconcelos en México, de quien fuera fugaz secretario personal, hasta un joven Haya asistiendo a los cursos de Bronislas Malinowski en la *London School of Economics*. Ahí también escuchó y conoció a Harold Laski, acaso de ellos aprendió ese sano empirismo que luce luego en la vida política peruana tan dada a holismos y vagas teorías. Después, ya convertido en un rival de los agentes de la Comintern desde la izquierda antiimperialista, funda incansablemente, “células” por toda América Latina. Luis Alva Castro, otro de sus “discípulos”, en los años noventa encuentra supervivientes de una de esas células en Cuba, de la que salieron “los auténticos”, el partido donde militara de joven Fidel Castro, antes del Moncada.

Haya quiere el poder en su país y a la vez se echa a la espalda una obra de predicador laico. Entre pensador y hombre de acción ¿qué es? Tiene tanto del intelectual como del político pero ni es por completo un hombre de la universidad ni tampoco un prisionero de la maquinaria partidaria. A esta ambivalencia que acude a las armas del

poder y a las del saber, la he llamado *intelligentsia*. El precedente histórico no es la Europa de la Revolución Industrial sino la Rusia del siglo XIX. (5) Hay que entender, entonces, por qué su obra es didáctica: antes de llegar al libro, tuvo la costumbre de escribir publicaciones, cartas, artículos, ensayos, discursos. Estoy resumiendo la vida del líder del aprismo y de muchos de sus seguidores en capitales de Latinoamérica, parte de una *intelligentsia* peruana que se desperdiga por Buenos Aires, Santiago de Chile, San José de Costa Rica y México, durante los años del exilio, entre 1931 y 1956 (roto en un corto retorno a Perú de 1945 a 48). Y por Europa, el caso del autoexilio de César Vallejo, tres veces marcado: por aprista, por republicano español y por comunista francés. Lo cual lo hace morir de hambre en París pero si volvía a Perú lo hubiesen despedazado en una de las prisiones peruanas. Gobernaba el dictador general Benavides, que había importado la policía italiana fascista de esos años y sus prácticas de represión a Perú. Naturalmente, estas cosas no se invocan en los análisis políticos de nuestro continente, aplicando el modelo anglosajón o europeo a sociedades que no estuvieron ni lo están del todo, pacificadas. Y que en gran parte, como me esfuerzo en explicar, viven su hora de “guerras de religión”, y no simples combates entre fuerzas políticas modernas.

¿Por qué el feroz enfrentamiento? Con Haya y el puñado de fundadores del aprismo, aparece en Perú, lo he dicho —y no me fatigo de reiterarlo— la política como profesionalidad, como modernidad y no como la continuidad de la renta de la tierra y la pingüe hacienda. A su caso se aplican las categorías de Max Weber, cuando la legitimidad política deja de ser tradicional, cuando no se toman en cuenta las diferencias de rango o de fortuna y se hace autoridad a quien llanamente recoja el sufragio. Para que eso se introdujera en Perú fue necesario un corte, una radical ruptura. Con Haya la actividad política dejó de ser sólo el deportivo favorito de los ricos. Ya sabemos el precio que se pagó, un ensanche de ciudadanía que tomó un siglo; mucho dolor, inquina y sacrificios cobró la admisión de una democracia de masas en la que, mal que bien, ahora vivimos pero no estoy seguro que las guerras de religión hayan concluido en Perú. Hay un cielo borrascoso, sobre todo en la región del sur, en Cusco y Puno, un clima de ruptura que anuncia acaso el retorno de la intransigencia de unos y de otros, esta vez cargada con dosis mortales de etnicismo y no sólo de protesta social de los preteridos. Chiapas en Perú es más grande que Guatemala.

He aquí la gran interrogación, la cuestión central. ¿Por qué la obstinada oposición a su movimiento y a su persona? Llovieron los argumentos *ad hominem*. ¿El hecho de que, pese a su inmensa popularidad, no pudo obtener el poder legítimo por las vías de la democracia representativa? No obstante, su partido fue y sigue siendo el más enraizado de la vida peruana, y a juzgar por los criterios clásicos de que es un partido político Duverger (6) acaso el único realmente establecido ante los otros, más bien, maquinarias electorales. Más pudieron las alianzas antiapristas, que soldaron en su momento lo viejo y lo nuevo, la derecha tradicional y los partidos marxistas, que la propuesta pluriclasista del aprismo. Esas coaliciones de intereses funcionaron y durante decenios al aprismo lo bloquearon gobiernos militares salidos de golpes de Estado, y luego, por los años sesenta, setenta y ochenta, corrientes civiles. A Haya lo vencieron. Nunca gobernó.

Hay un camino trillado que he anunciado no seguiré en mi explicación. Dejaremos la discusión, casi teológica, de quién tenía razón, en “la concepción del partido”, o Mariátegui o Haya de la Torre. Lo digo porque es el camino usual de muchos analistas. Demostrar que el aprismo desde la cuna, por no ir del lado del partido comunista peruano, quedaba descalificado. Ese mismo *impasse* para reflexionar se presenta en el caso del peronismo y otros movimientos sociales con carismas particulares. Los que no dudaron nunca que en las masas apristas estaba la verdadera amenaza fueron los intereses económicos, grandes terratenientes y militares.

Se puede razonar tomando la reacción antiaprista como del orden lógico de las cosas. Si resulta cierto, y lo es, que el aprismo aparece como una suerte de inundación de pueblo y votos populares al establecerse el sufragio universal en 1931, es natural el temor puesto que el sistema de representación era hasta entonces censal o censitario, compuesto no de partidos de masas sino de partidos de cuadros, en donde sólo se inscribían para votar y ser candidatos los notables de cada localidad en un inmenso país sin grandes medios de comunicación, con aplastante población rural y en su mayoría analfabeta. Si esto es así, entonces, Haya y el puñado de dirigentes, todos cultos, todos venidos del exilio europeo, aparecen bruscamente en los años treinta y cuarenta del siglo pasado como una modernidad política de amenazas múltiples. Perú en el siglo XIX no había conocido grandes partidos sino caudillos, y la burguesía estaba comenzando a montar un partido interesante, el partido civil de Pardo, cuando rompe ese clima la

guerra del Pacífico, la guerra con Chile. Si el aprismo es el pueblo casi en armas, en todo caso en urnas, caben dos preguntas. Lo acoge parte del mundo laboral, obrero, pero no todo. Podemos poner este desencuentro en la lista de agravios de la clase obrera, además de la explotación de clase, la enajenación política y cultural a los grupos dominantes, clientes en última instancia de las salidas electorales de sus patrones, dependientes y no sólo por el puesto de trabajo de las grandes familias dominantes. Tampoco lo acoge del todo la incipiente clase media urbana. El aprismo es un corte, clase por clase, a veces familia por familia, entre la sociedad tradicional y el asomo de la modernidad.

Por mi parte, en esto de las resistencias al hayismo, confieso que echo mano a una abundante literatura social de la época, a una información bibliográfica que prueba esa hostilidad. Si se recorre los diarios de la época, pocos hombres políticos peruanos han recibido enjuiciamientos tan duros y despectivos. No estamos ante la aprobación o la normal desaprobación de la lucha partidaria. El antiaprismo tomó rasgos de guerra civil, a la española o a la mexicana, y como es lógico, la intransigencia estuvo en ambas partes. Hoy mismo, después de muerto, en Perú, arden todavía las brasas de los viejos recelos.

Una primera explicación es que el aprismo se presentó en las calles con una vehemencia desacostumbrada en la vida pública peruana. ¿Fueron los terribles años treinta los que lo explican, como temperamento, los efectos de la gran depresión americana? Es probable. El historiador Jorge Basadre (7), quien tuvo la edad para vivir el momento de la irrupción aprista en las calles y plazas de Perú, da testimonio personal. Luego de las elecciones perdidas o robadas de 1931: «el Perú verá desfilar en sus calles, los batallones macizos, civiles y desconcertantes del aprismo». El aprismo innovó con una estética propia, los pañuelos blancos tomados de los republicanos españoles, la marsellesa francesa con la misma música pero cambiada letra, ajustada a las circunstancias, letra de un obrero culto, Arturo Sabroso, gran dirigente de esa “hermandad”. En algunos de sus pasajes dice así: «tatuaremos con sangre la historia, nuestra huella pujante y triunfal, que dará a los que luchan mañana, digno ejemplo de acción contra el mal. Peruanos abrazad, la nueva religión». Fundaron, cuando los dejaron, Casas del Pueblo que eran y siguen siendo comité de barrio, lugar de reunión, casa de primeros auxilios donde se brinda gratis servicios de

cirugía dental, consultas jurídicas y médicas. Cuando eran admitidos a los comicios electorales, multitud, cuando eran perseguidos, hermandad, “el APRA nunca muere” y en efecto, no desapareció.

No me extenderé sobre el vía crucis del aprismo y el pasado histórico, pero sí en sus consecuencias y significación. La gran persecución, quince años duró, transforma una agrupación que pudo ser un partido socialdemócrata en un partido singular que gira en torno a la supervivencia de su líder; y a Haya, que acaso se había preparado en México y en Europa (visita la Alemania del ascenso nazi y la Rusia de los bolcheviques) en un líder casi sagrado. Y dadas las persecuciones a su persona, ideas y correligionarios, en un líder indiscutible. Esta fue la paradoja del aprismo. Partido anclado en diversas clases, dado en consecuencia, a la negociación, la conciliación, el consenso, pero construido a la vez que horizontalmente por necesidades electorales (por distritos y departamentos) también jerárquicamente. He dicho que Haya fue, de la cuna a la tumba, alguien que llevó consigo el “principio monárquico”. Al perseguirlo, el sistema acrecentaba el poder suyo sobre el aparato, éste sobre las clases populares, y en realidad, de alguna manera, gobernó. O mejor cogobernó. Perú creó esa singularidad y al fin de cuentas nadie venció pero tampoco nadie perdió. Salvo que las grandes reformas llegaron por medio de dictaduras (Velasco hizo la radical reforma agraria que no hubiesen dejado los mismos militares que llevase a cabo el Jefe del aprismo). Otras grandes reformas, la judicial, la institucional del Estado, simplemente, se empantanaron. Perú entra cargado de herencias temibles al siglo XXI. Todos ganaron y a la vez todos perdieron.

He dicho por eso, en mi ensayo dedicado a Haya en *Hacia la tercera mitad* (8) que si el aprismo fue el partido hegemónico (de 1931 a 1962) resulta paradójico que no lo dejaron llegar a la presidencia de la república. Que eso volvió a Perú, a lo largo de decenios, un país escindido entre votos y gobierno, calle y Estado, legitimidad y legalidad. Recordé la oposición del aprismo a todas las dictaduras. Que encaró un Estado oligárquico incapaz de distribuir. Lo situé en la historia de las ideas políticas como un pensador de la organización partidaria, y a la vez, un hombre con una teoría del Estado, cierto de la democracia, pero con un matiz que merece atención: tomará en cuenta, a diferencia de las dirigencias marxistas, sufragio y Parlamento, instituciones venidas del liberalismo del siglo XIX, pero para Haya, necesarias como



pasaje a una democracia social. Hubo también en ese político, simultáneamente a sus tareas de conductor de un partido, el empeño de una obra filosófica-histórica en la que llama a recordar la especificidad de América y al rescate de las civilizaciones interrumpidas. Traté de precisar que el lugar que ocupara no era únicamente político sino en la encrucijada intelectual de su tiempo. O lo que es lo mismo, que en el aprismo hubo pueblo e intelectuales; hubo fusión. Invoqué sus relaciones con la vanguardia intelectual y estética, local y mundial (del grupo Norte, con los miembros del Conversatorio Universitario, la Generación del 23 y la reforma universitaria, con Vallejo, y pese a todo, con Mariátegui; y el grupo Claridad, y tantos otros, desde el francés Roman Rolland a quien visita en Suiza hasta Albert Einstein a quien frecuenta. Las fotos del “compañero Jefe” retratado al lado de esa eminencia de las ciencias físicas circulaban en Lima para molestar a sus adversarios, tan numerosos como sus seguidores. Mencioné su idea del viaje por otros países-situaciones, a los que consideraba laboratorios sociales, cuya estadía era como una forma de aprendizaje: México, la Rusia bolchevique, Alemania, Inglaterra; y otros posteriores, Israel, Suecia. Dije que en su madurez, cuando se aplacan las persecuciones, fue el mentor de la izquierda democrática en el continente, y que en los últimos tramos de su vida se dedicó al partido como escuela. Y que Haya fue el verbo.

A mí siempre me ha intrigado su lucidez. Esa frase del discurso de 1931: a palacio llega cualquiera «porque el camino de Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la conciencia del pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la conciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles». (9) ¡Qué augurio! Como si en esa noche de la persecución, ya supiera que no iba a llegar al poder pero que iba a marcar la historia. Y eso también es el tema del carisma. Porque no fue sólo el intelectual, el escritor, el orador sino un generoso educador. Solemos preguntarnos por el origen del carisma. Un carisma es eso, un magisterio bajo un principio de gratuidad. Conviene recordarlo, para el político peruano que murió en la decencia de una casa prestada.

Conviene ahora invocar el modelo hayista de frentes sociales y políticos en los años veinte y treinta. No tanto para mostrar cómo construía Haya de la Torre otro partido sino otra política. Al examinar esa alianza de varias clases notamos el pluriclasismo del aprismo, un frente a la vez de trabajadores de la caña o campesinado de la costa, de

obreros de la primera industrialización y de clase media (en la que hay un muñón de burguesía local) implicaba algo más de lo que hasta ahora se ha pensado.

¿Una invención partidaria, una combinatoria social y de organización y que se remonta a los años veinte, pero que es la mejor del siglo? Está claro que el aprismo desde su génesis trabajó con heterogeneidad. La de los años veinte, digámoslo, era sencilla: cañeros del norte, obreros de Vitarte, clase media provinciana. Ciertamente, las formas de organización social y gremial de comienzos de siglo tenían un grado de complejidad, con su maraña de sociedades de socorro mutuo, de federaciones de obreras nada simples. Y hay que decir, al paso, que el papel de los componentes anarcosindicalistas del aprismo ha sido estudiado con ahínco. Abrevio trabajos, resumo, para decir inmediatamente que la heterogeneidad de hoy es más vasta, mucho más enredada y compleja. Perú ha crecido. **(10)**

Política, pues, para “heterogeneidades sociales”. Nada apuntaba al nacimiento de un partido moderno en el Perú de los veinte. Salvo que Haya atinó a que el agente colectivo que podía llevar sobre sus hombros la tarea de la emancipación social no era uno solo, no era como en los países industriales el proletariado, era un frente de clases oprimidas. La idea era sencilla, a ella llegaron más tarde los propios comunistas europeos y asiáticos, al frente popular en unos, a las alianzas con las burguesías nacionales, los otros. El tema es diferente. ¿Por qué precisamente esa conjunción de fuerzas sociales que desean la modernidad política despertó la peor de las respuestas? La guerra social. No hay que dudarlo, en Perú hubo una guerra civil prolongada hasta los años sesenta, es decir, hasta que los estrategas del antiaprismo entendieron que habían nacido otras clases medias y que el gran tribuno podía ser derrotado en las urnas y en las calles. La victoria fue para Fernando Belaunde Terry, un centrista moderado. Gobernó de manera laxa dos veces. La primera, entre 1963 y 1968, periodo turbulento de guerrillas (fracasadas) y movimientos rurales (triunfantes) y ante el retardo de la aplicación de una reforma agraria, los militares progresistas, que ya tenían en el horno su plan de gobierno integral, lo expulsan con un golpe de Estado. En 1980, Belaunde vuelve al poder, por el camino de las urnas pero una vez más, da paso a lo peor. No entiende qué significan los primeros gestos de Sendero Luminoso, lo subestima, “ladrones de ganados”. Sendero crece inmensamente bajo su mandato. Por poco triunfa. ¿Me creerán? Es la figura

pública más considerada y querida en Perú. El envés de este respeto, al demócrata cabal que lo fue, es que se premia el laxismo. No se quiere cambios, aunque usted no lo crea.

Esta ponencia sostiene que el aprismo en el Perú de los años treinta, movimiento primero y luego partido (el aspecto de que creía ser una internacional de partidos revolucionarios para América Latina lo dejamos de lado), recibe a la vez una gran adhesión y un gran repudio, esto nos parece central. Lo que voy a proponer es que el aprismo no es sólo una propuesta política. Por novedosa y hábil que fuera. Lo hemos propuesto en la primera parte de esta disertación, un montaje partidario desde la heterogeneidad social del país. Esa primera parte responde al cómo pero ésta segunda a la finalidad. Al para qué.

Mi propuesta es la siguiente. Haya de la Torre está en los fundamentos del Perú contemporáneo porque percibió, y no por separado, que su movimiento tenía dos finalidades, la democracia (social, en las modalidades que propuso) y por otra parte, la construcción de la nación. La nación y el trabajo de la democracia desde el pueblo, desde el reclamo social, desde la protesta obrera y juvenil. Y para conseguirlo, inventó el aprismo.

Para comprender este doble propósito, es preciso situarse en el clima de las ideas del Perú de inicios del siglo XX. Brevemente, este país, y la generación de intelectuales-políticos del aprismo, son gente del primer centenario de la vida independiente. Aspecto, ecología sentimental como imaginaria, *zeitgeist* en el sentido que lo entiende el filósofo mexicano Francisco Gil Villegas cuando estudia a José Ortega y Gasset al lado de Lukács. Fueron, obreros, estudiantes y clases medias (muñones de burguesía en realidad) gente de lo que se llama, en los capítulos de la historia intelectual y social, gente del Primer Centenario. En 1921, en efecto, se cumplían cien años de República.

La segunda idea, ligada a la anterior, es que Haya y sus amigos (un frente de intelectuales que algunos han llamado de estilo de vida bolchevique, vale decir, entregados por completo a la autoformación y la disciplina de vida de una elite revolucionaria, alternando exilios en el exterior tomados como experiencias de aprendizaje de vida) están convencidos que Perú es una nación incompleta y que las clases que ocupan el Estado, usurpan el poder. Sería largo entrar a detallar ahora que

esto era cierto y en parte no. Hasta qué punto Perú en el siglo XIX fue siempre difícil para el manejo político, incluyendo las fuerzas políticas que detentaron el poder. La historiadora peruana-norteamericana Carmen MacEvoy ha consagrado dos estupendos trabajos para mostrar hasta qué punto los republicanos-liberales, cincuenta años antes que naciera Haya de la Torre o José Carlos Mariátegui, prácticamente no pudieron poner orden en el pequeño espacio en el que querían ejercer poder, pequeño en lo social. Manuel Pardo (1834-1878) un burgués esclarecido, un hombre de Estado a carta cabal, lo matan de un pistoletazo, un sargento, al ingresar al Parlamento. ¿Era cierto o no que las elites políticas que amanecen con el siglo XX, heredaban un país a medias? Para no hacer, de ninguna manera, ni distorsión histórica ni ideología, evoco el título de uno de los trabajos de la misma historiadora, *Forjando la nación: ensayos de historia republicana* (1999) (11). Se forja lo que no existe. En esos días, un historiador, un pensador, un hombre de ideas y no-aprista, en todo caso, que orilla el socialismo, Jorge Basadre, en uno de esos ensayos juveniles, un texto que los peruanos hasta hoy visitan como un asunto no concluido, escribe *Perú, problema y posibilidad* que es de 1931. Entonces, dice lo siguiente: “El Perú sigue siendo una serie de compartimientos estancos, de estratos superpuestos o coincidentes con solución de continuidad”. Esa solución de continuidad la encuentra “en el terreno, el aluvión, el comienzo de la siembra”, imágenes que hablan por sí mismas de la imprecisión, no de Basadre, sino del proceso formativo a lo largo de cuatro siglos que no desemboca, como en otros casos, en una nación moderna. Por esa razón Basadre sin ser aprista ni militante del socialismo, añade: «el nacionalismo, que en otras partes no es necesario fatalmente, está superado, urge aquí. Hay un nacionalismo destructor, aquí debe ser constructor. En otras partes es ofensivo, aquí necesita ser defensivo». Cuando Basadre juvenil dice esto, está pensando en lo que preocupa a gente de su generación desde el lado del riesgo, que él no siguió para dedicarse a una monumental tarea de escritura universitaria sobre la historia (no sin problemas ni castigos al intelectual original y libre) pero, en sus días, eso quería decir expropiación de empresas extranjeras, en particular norteamericanas, en especial las mineras, con mayor razón las petroleras. No, no dijo Basadre “contra el imperialismo yankee”, la primera de las tesis del aprismo insurreccional, pero más o menos, a la peruana, la insinúa, la suscribe en los implícitos. Basadre fue siempre un tímido. Las precauciones de un profesor de historia en el aniego social del país convulso de los treinta a los sesenta. Se le entiende.

A los apristas fundadores les interesó la nación, envuelta dentro de una idea de Estado fuerte. Se dirá, el tema de la nación inconclusa atraviesa el siglo XIX, y en toda América Latina. Sin duda, pero aquí hay que hacer dos distinciones. De un lado, del magma emergente aprista en los años veinte y treinta, de un lado, con las posturas nacionalistas que los precedieron, desde la elite tradicional claro está. Del otro, de sus primos cercanos y a la vez rivales, los marxistas de estricta observancia. En lo que concierne a los que los preceden, positivistas como Javier Prado, Joaquín Capelo, Jorge Polar, son intelectuales tranquilos, a menudo funcionarios o profesores. En los que están en el combate de la calle, desde Nicolás de Piérola a Víctor André Belaunde, el tema nacionalista tiene espacio. Hay que destacar un caso singular, ni profesor ni notable en el sistema de clubes, el caso solitario de Manuel González Prada, gran panfletario, su discurso *Politeama* (1888) clama por la revancha, y algo más: el ajuste de cuentas de los causantes de la derrota. Para Prada ellos son la clase de hacendados costeños, que no son “el verdadero Perú”, situado en los Andes. Prada es el padre espiritual del indigenismo moderno, de Haya y de Mariátegui (12) que lo heredan y lo continúan, cambiando de discurso y de contexto. Prada era un radical de corte anarcosindicalista además de un notable comecuras. Esto no lo sigue Haya, apenas un corte laico en sus posturas. Menos Mariátegui que hace de la idea del mito y la fe un asunto fundamental para su concepción de un socialismo de entrega absoluta. Como se puede comprobar en *Dos concepciones de vida*, escrito a su retorno de Europa. (13)

Lo que cambia en la versión nacionalista del aprismo es la cuestión, marxista y en su tiempo, de quién es el portador de la nación. Lo que han dicho quienes llegaron antes a la palestra, los citados novecentistas y positivistas, es una ficción de identidad. La nación no son las clases dominantes a las que llama “oligarquías”, sirvientes menores del gran culpable, “el imperialismo”. Tengamos en cuenta lo que queremos decir en este análisis. Si decimos que alguien precedió a esa generación aprista, le estamos dando un contenido genealógico, típico del trabajo universitario. Pero ellos lo hubieran negado. Se concibe, hay que decirlo, como una generación sin maestros. El término no se usa, pero podemos adjudicarlo sin traicionar la verdad. Se ven como parricidas. Sánchez, que vivió hasta los noventa años y que escribió modestamente noventa libros (un Alfonso Reyes sin posición fija y sin carrera diplomática) dedicó uno de sus primeros libros a los intelectuales que le precedían: *Balance y liquidación del 900*. (14) El título es la intención, y lo dice todo.

Los relatos de la nacionalidad en América Latina abundan, y los debates acerca de la construcción de la nación hasta nuestros días. Pero en el marxismo europeo también. *La socialdemocracia y la cuestión nacional de Otto Bauer*, es de 1924. **(15)** El carácter nacional no es una explicación, es algo que debe ser explicado”. Como surge la comunidad relativa de carácter, afirma, dando una pista para convertir esa temática en objeto, en escrutinio posible. Pues bien, aquí estudiamos una práctica. Haya y su elite en ruptura con las otras elites políticas, propone arrancar precisamente, de aquello que a primera vista hacía casi imposible la formación de un partido moderno y revolucionario, la existencia de un Estado moderno, puesto que esas fuerzas sociales que convoca, no son toda la nación, pero sí su proyecto. Desde ese archipiélago de clases oprimidas, se decía. Y hoy, siguiendo los modernos estudios, de culturas subalternas.

El aprismo vino a ser entonces, esa hermandad y en ella, una suerte de matriz, de proyecto en sí mismo de nación emergente. Un lugar, el partido y sus hábitos fraternales (ese partido es una red de apoyos sociales y económicos de tipo cooperativista) consigue, mal que bien, algo que en la sociedad peruana resulta no la regla sino precisamente la contrariedad al sistema instituido de desigualdades. Una suerte de igualdad, un lugar en donde la distancia social se reduce, cuando en la masa aprista, se encuentran compañeros y compañeras.

Con todo, este anhelo de nación, recubierto por la retórica aprista que atendía a la vez a las demandas sociales, al combate ideológico con las izquierdas y derechas más o menos tradicionales, ha escapado a la atención de los analistas. Acaso porque fue y es demanda difusa, sentimentalidad, subjetividad. Ahora bien, el nacionalismo introduce un elemento emocional, irreductible a la razón, hostil al punto de vista ajeno. Ordena y desordena. Separa y une. Pero para generaciones de apristas, su partido fue la esperanza de seguir construyendo nación, patria. ¿Cómo comprobar esta adherencia, la permanencia de este fin indirecto como lo hubiese llamado Pareto? Simplemente, por la permanencia del aprismo como invariante de la vida peruana desde entonces hasta nuestros días.

¿Qué explica esa prolongada presencia? Nació en los años veinte y treinta, en medio de una sociedad abrumada por el peso de lo rural, con pocos obreros, con ciudades pequeñas, en un país territorialmente quebrado y escasamente comunicado. La población ocupada en Perú, de 1931 a 1969, no es la misma. Ni el sistema de clases, ni la mentalidad pero el aprismo permanece y sobrevive a su fundador. No necesito decir los terremotos político-sociales de estas décadas, los militares de Velasco en 1968, el senderismo de 1981 hacia adelante, la gran crisis en el primer gobierno de Alan García en los años ochenta, la globalización bajo Fujimori. ¿Cómo se explica esa invariante electoral del voto aprista, cuando todo, absolutamente todo, en el país cambió? Después de la gran migración del campo a la ciudad. Después de Belaunde, vencedor en las urnas de Haya. Después de Paniagua y su transición. Después de Toledo. Los apristas ahí están. Después de Sendero que tomó las armas.

La supervivencia del aprismo, como dicho sea de paso del peronismo, ¿son quebraderos de cabeza ante el trabajo de explicación de las ciencias sociales y políticas? Sin duda lo son, si se quiere establecer una correlación entre las variables demográficas, educacionales, sociales y un tipo de voto. No digo que esto no ayude, pero no agota. Ahora bien, si la sociología política, para países de la exterioridad del mundo occidental, afina sus instrumentos de escrutinio, si se acude de un lado al comparatismo, y del otro, a la antropología y a la psicología, puede que se hallen mejores pistas para explicar fenómenos como el aprismo peruano. Uno de los prerrequisitos del comportamiento electoral es comprender que en países extremadamente fragmentados como Perú, no hay una cultura sino culturas. Haya puso en marcha una suerte de cultura aprista, no solamente como se entiende en las ciencias políticas europeas, sino en donde existen ideologías mezcladas a las costumbres. Donde hay anhelos soterrados, emociones y razones que no se inscriben siempre en las banderolas. Y no siempre en las encuestas. Los peruanos saben que su país no es una nación todavía y que corre la suerte acaso de no llegar a serlo en el siglo XXI. De despedazarse, si la suma de actuales reivindicaciones supera la capacidad del sistema nacional. Puede ser el destino inmediato de Ecuador y Bolivia. Esto que digo no es pronóstico, es observación. Y sin duda, preocupación.

### Lo que Tocqueville no visita

La idea de una no-nación puede sorprender, chocar. Quisiera concluir añadiendo un par de ideas. Tres citas, escalonadas en el tiempo sobre la no-nación peruana. La primera la de la historiadora Marie-Danielle Demélas, consagrada a los Andes en la víspera de la independencia, tal como eran esos estados virreinales y como la liturgia patriótica los presenta. El dinero como vínculo, la coerción de la rareza, « lo intrincado de tantos intereses hacía que América apareciera como un juego de suma cero: el crecimiento indefinido de los recursos que caracteriza el mundo moderno le era totalmente extraño. No se conocía otra manera de enriquecerse sino especulando, lo que uno se apropiaba, otro lo perdía. Los bienes disponibles parecen limitados y la limitación de la rareza a la vez reforzaba los lazos y exasperaba la competencia, y como el poder —débil o fuerte, poco importaba— era el principal dispensador de acceso a los recursos. Esa coerción daba a la vida política su particular color (Demélas, 1992:42)». **(16)** La profesora Demélas describe a la sociedad colonial del día anterior de la llegada de los Libertadores como un sistema de representaciones y de prácticas sociales que recuerda perfectamente al antiguo régimen francés. Su investigación se funda en un rechazo del determinismo económico. Cuentan en cambio criollos y peninsulares, jueces y burócratas, nobles y caciques ennoblecidos, y las grandes familias, un “sistema de pirámides encajadas”, con lazos que atraviesan todo el edificio social. La idea de una igualdad, de una ciudadanía, es algo que se asume de labios para afuera, parte de una modernidad a la occidental que, según la profesora Demélas, se acepta desde comienzos del siglo XIX, para acomodar las costumbres a la modernidad política, hasta trastornarla por completo. En suma, el envés de la América de iguales que conoce Tocqueville en su célebre viaje de 1835.

¿Cambió Perú, socialmente hablando, un siglo más tarde? Juzguemos la descripción de otro historiador, Clément Thibaud **(17)**, tratando de las relaciones entre ejército y guerra y construcción de soberanía. Muchos historiadores, crítica, consideran como natural el acceso a la autonomía política de las entidades nacionales. Se refiere a Colombia, pero por mi lado, a mis riesgos y peligros, reconozco en ese descriptivo a las otras sociedades andinas. Se ha olvidado, señala, el carácter político de la definición de las identidades. No ve una progresión inevitable hacia la independencia y la república sino “un acontecimiento relativo inesperado”. Ve en cambio, unas



sociedades de “tipo corporativo” (otra manera de describir las pirámides encajadas de Demélas) donde predomina el pactismo, no el conflicto de clases, que resulta entonces moderno. Una América hispánica de corporaciones, y dentro de ellas, en primer lugar, los pueblos. Ahora bien, la desaparición de la articulación imperial produjo un tipo peculiar de guerra. Está hablando de las guerras de caudillos, comunes a todos estos estados en formación. Los pueblos rivalizaron para recuperar su soberanía, señala. Para formar su propio gobierno. El autor llega a hablar de los poderes creadores de la guerra patriótica que es común en el siglo XIX. ¿Debemos ver en la intransigencia de las guerras de religión política la continuidad creadora de las del siglo XIX hispanoamericano?

Casi doscientos años después, en el Perú de estos días, los conflictos políticos no escapan a esa idea de “cuerpos intermediarios”, o sea, prenacionales. En estos términos describe un analista que trabajando para una ONG examina un conflicto preciso, en el pueblo puneño de Ilave, cuando comunidades campesinas en alianza con líderes municipales hostiles a un pobre alcalde, lo castigan a la usanza aymara con latigazos en público, luego lo golpean bárbaramente y lo cuelgan de un puente. El alcalde era un joven sociólogo, militante en una fracción maoísta, profesor universitario, un “moderno”, castigado por haber osado introducir el trabajo asalariado para llevar adelante obras públicas, en vez de los clásicos arriendos o contratos con campesinos aymaras, lentos pero que se inscriben en una costumbre ancestral de apoyos y pactos no escritos entre masa indígena y autoridades llamadas “nacionales”. Carlos Meléndez Guerrero, más allá del caso concreto de Ilave, que sacudió a la opinión pública, describe el generalizado sistema de pactos y enfrentamientos en los millares de pueblos andinos del Perú actual. **(18)** Desagregación de intereses, fragmentación política, privatización del poder. Sistema de intermediación fluido y oportunista para las demandas sindicales o los préstamos municipales. Relaciones de patrón-cliente, informalización de la política. *Brokerage* en la arena política como dominante. En fin, eso es la descripción de la sociedad peruana del presente. A inicios del siglo veintiuno.

En fin, el aprismo fue ese propósito de nación que no por azar se ancla en la zona más dinámica, más nacional, o si se quiere, menos particularista de la geografía electoral, la costa norte, mucho de Lima urbana y páramos de contar. Lo suficiente para llevar a

la presidencia a un heredero de Haya en las elecciones pasadas de 2006. Que llegó raspando: 53% de los sufragios válidos. ¿Se acerca el aprismo peruano, como el PRI mexicano, a un eclipse parcial? Pero eso ya no es explicación sino conjetura.

¿Nacionalista, pues, el aprismo? ¿A la vez social y nacionalista? Para concluir, me atrevería a decir “nacionalitario”. El término es de Anouar Abdel-Malek, mi maestro egipcio con quien debatí este tema apasionadamente, encontrando ambos correlatos sorprendentes en la evolución de la *intelligentsia* árabe, antes de la recuperación de esa temática de la nación revolucionaria por el retorno de las religiones, por el Islam. El tema de la colonialidad del saber, asunto sensible para árabes y para peruanos, el eurocentrismo en las ciencias sociales, en el imaginario actual. Ahora, en lo nacionalitario con respecto al aprismo histórico se esconde, sin duda alguna, un remanente intolerante. No sabría decir qué tipo de régimen hubiese establecido Haya de la Torre de llegar al poder antes de los años sesenta pero no hubiese sido, con toda seguridad, lo que se llama un régimen liberal. Y no creo que tampoco serán tolerantes los que lleguen como nacionalistas en 2011 con Ollanta Humala, segundo en las elecciones de 2006, y con un respetable, temible, 47%. Ese nacionalismo, cargado de las corrientes autorreferentes del culturalismo actual, se presenta como étnico, y será por eso, de triunfar, un riesgo mayor. Un fenómeno que puede ir muy lejos en la crisis interna de Perú. Crisis de nación y de Estado aún no construidos. Los ex yugoslavos saben de estas cosas.

Hugo Neira

---

#### Bibliografía

- (1) « L' APRA est le modèle des partis politiques. Plus que tout autre, il a su mobiliser des demandes si globales que H. Neira le considère comme une religion politique». (Traducción: «El APRA es un modelo de partidos políticos, mucho más que todo otro, ha sabido movilizar demandas tan globales o generales que H. Neira lo considera como una suerte de religión política».)  
**Touraine, Alain**, *La Parole et le Sang*, Politique et société en Amérique Latine, Editions Odile Jacob, 1988, p. 174

(2) **Neira, Hugo**, “El aprismo, minoría apasionada”, pp. 415-420, *Hacia la Tercera Mitad. Perú XVI-XX, Ensayos de relectura herética*, Lima, Herética, 2005

(3) **Peralta, Germán**, *El Antiimperialismo y el Apra, a 60 años*, Concytec y Realidad y cambio, Lima, 1989, p. 32

(4) **Sánchez, Luis Alberto**, *Haya de la Torre o el político*, Ercilla, Santiago de Chile, 1934

(5) **Neira, Hugo**, “La ‘Intelligentsia’. La ilusión del poder y el poder de la ilusión”, en op. cit., pp. 345-416

(6) **Duverger, Maurice**, *Les partis politiques*, Armand Colin, 1951. En ese libro sin duda clásico, Duverger clasifica los partidos según su organización interna en “partidos de cuadros” (definidos por la ausencia de registro de adherentes o de una cotización regular) y los llamados “partidos de masas” (caracterizados por el registro de sus adherentes, las cotizaciones y el financiamiento autónomo en los procesos electorales). Los primeros serían partidos burgueses. Los segundos socialistas. La obra fue muy criticada. Por lo demás, Duverger mismo reconoció más tarde que muchos partidos no encontraban un lugar en su esquema general. Es el caso del aprismo peruano, entre otros muchos de la América Latina. Si algo recogió el aprismo entre los años treinta y cincuenta, fue la elite intelectual descontenta, y además, las masas. Cuadros y masas se dieron cita al interior de este partido de compleja organización y acaso fue la razón por la que estremeció la vida política peruana, ganándole adhesiones como repudios profundos y duraderos. No fue solamente un partido, sino un estado de ánimo.

(7) **Basadre, Jorge**, “La popularidad del aprismo y las resistencias a este partido”, *Historia de la República del Perú, 1822-1933*, t. XI, vol 17, Lima, 1980, p. 185

(8) **Neira, Hugo**, op.cit. pp. 415-416

(9) **Soto Rivera, Roy, Victor Raúl**, “Navidad de sangre en Trujillo”, *El hombre del siglo*, Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre, Lima, 2002, Tomo I, pp. 138-142

(10) Véase, entre la abundante bibliografía, los siguientes: **Cotler, Julio**, *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1987. **De Soto, Hernando**, *El misterio del Capital*, Empresa Editora El Comercio, S.A., Lima, 2000. **Flores Galindo, Alberto**, *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*, Instituto de Apoyo Agrario, 1987. Y acaso, más revelador, *Tiempo de plagas*, el Caballo Rojo ediciones, 1988. **Macera, Pablo**, *Las furias y las penas*, Mosca Azul editores, Lima, 1983. **Degregori, Carlos Iván**, *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*, IEP, Lima, 2000. **Vargas Llosa, Mario**, *El pez en el agua*, Santillana Ediciones Generales, Lima, 2005

- (11) **MacEvoy, Carmen**, *Forjando la nación, ensayos sobre de historia republicana*, Instituto Riva-Agüero de la PUCP y The University of the South, 1999
- (12) **Isabelle Tauzin, ed.**, *Manuel González Prada : escritor de dos mundos*, IFEA/ Biblioteca Nacional del Perú/ Presses Universitaires de Bordeaux/ Embajada de Francia, Lima-Bordeaux, 2006.
- (13) **Mariátegui, José Carlos**, *El Alma Matinal*, Lima, 1925. Recogida en todas las ediciones posteriores.
- (14) **Bauer, Otto**, “The Nation”, Balakrishnan G. (comp.), *Mapping the Nation*, pp. 39-77
- (15) **Demélas, Marie-Danielle**, *La invención política*, París, IEP/IFEA, Lima, 2003
- (16) **Thibaud, Clément**, *Républiques en armes. Les armées de Bolívar dans les guerres d’indépendance du Venezuela et de la Colombie*, Institut Français d’Études Andines, Bogotá, 1995
- (19) **Meléndez, Carlos**, *Mediaciones y conflictos. Las transformaciones de la intermediación política y los estallidos de violencia en el Perú actual*, Lima, IEP, 2004
-